

## XXVII

## LOS VENDEANOS

A las cinco de la tarde de aquel mismo día estaba ya de regreso el conde de Bonneville después de avistarse con cinco de los principales caudillos, quienes debían hallarse en el castillo de Souday entre ocho y nueve. El hospitalario marqués dispuso que aderezasen una opípara cena para agasájar á todos sus huéspedes. Los caudillos eran Luís Renaud, Pascual, Corazón de León, Gaspar y Aquiles, personajes que sin dificultad conocerá el lector algo enterado de los sucesos de 1832, y que tomaban esos nombres de guerra para ocultarse á la autoridad en caso de que cayese en su poder algún parte.

Habían dado ya las ocho y el marqués impaciente pateaba al ver que Juan Oullier no parecía. Para suplir su ausencia púsose Mary de centinela á la puerta, con encargo especial de no abrirla sinó á los que diesen la seña convenida entre los conjurados, quienes debían celebrar la junta en el salón cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas, y en el cual les aguardaban el marqués de Souday, el conde de Bonneville, Berta y Petit-Pierre.

Como la calma no era la calidad característica de este último, daba las más inequívocas muestras de impaciencia, y sin pensar que la reunión no debía tener lugar hasta las ocho y el reloj señalaba en aquel momento las siete y media, paseaba con viva agitación por el aposento, llegándose muy á menudo á la puerta para escuchar. Las ocho daban en el reloj del salón cuando sonaron en la puerta del castillo tres golpes á intervalos y de un modo particular, que denotaban la llegada de alguno de los caudillos convocados. Al oírlos, lanzó Petit-Pierre una alegre exclamación y corrió á la puerta; mas el conde de Bonneville le detuvo con un gesto y una respetuosa sonrisa.

—Tenéis razón, dijo el mancebo.

Y fué á ocultarse en el rincón más oscuro del aposento, en tanto que en el dintel de la puerta aparecía el jefe convocado.

—Luís Renaud, dijo el conde de Bonneville bastante alto para que Petit-Pierre le oyese y pudiera saber el verdadero nombre por el de guerra.

Viendo el marqués de Souday en aquel mancebo á uno de los que como él habían opinado por un alzamiento inmediato, adelantóse presuroso á recibirle y le dijo:

—Venid, querido conde; sois el primero en llegar, y esto es de buen agüero.—No creáis, querido marqués, que mi puntualidad dimane de un celo mayor que el de mis camaradas, pues vivo muy cerca de vos para que se encarezca mi exactitud.

Aunque vestido como un campesino bretón, el que se anunciaba con el nombre de Luís Renaud, presentábase con tanta gracia juvenil y saludaba á Berta con tan aristocrático desenfado, que trocándose estas dos cualidades en defectos, le hubieran perjudicado mucho si hubiese querido servirse de las maneras de la clase social cuyo traje llevaba. Saludó en seguida el forastero al conde de Bonneville, quien comprendiendo la impaciencia de Petit-Pierre que desde el rincón hacía ademanes inequívocos para él, entró resuelto en materia diciendo á Luís Renaud:

—Querido conde, ya sabéis á dónde alcanzan mis poderes; habéis leído la carta de S. A. R., y no ignoráis que soy su intermediario con vos, á lo menos por ahora. ¿Me permitiréis que os pregunte vuestra opinión respecto al actual estado de cosas?—Lo he dicho ya esta mañana; bien que no con tanta lisura como voy á hacerlo ahora, pues hablando con el más ardiente partidario de S. A., puedo atreverme á decir toda la verdad.—Sí, toda la verdad, pues *Madama* desea saberla, y podéis estar seguro de que hablando conmigo lo hacéis como si ella misma os oyera.—Entonces, amigo mío, yo opino que no se haga nada hasta la llegada del mariscal. —¡Cómo! exclamó Petit-Pierre; ¿no está en Nantes el mariscal?

Hasta entonces Luís Renaud no había visto al joven, y mirándole al oír aquella interpelación, saludó contestando:

—Hoy mismo, al volver á casa, me han dicho que al saber los sucesos del mediodía salió de Nantes; mas nadie sabe á dónde se ha dirigido ni qué objeto lleva.

Petit-Pierre golpeó despedido el suelo con el pié, exclamando:

—¡Medrados estamos! ¿Sabéis cuáles serán las consecuencias de esa partida? Que se entibiará la confianza de los soldados, y excitado el amor propio de todos los ambiciosos, engendrará mil discordias y rivalidades semejantes á las que tanto perjudicaron al partido realista en la primera guerra de la Vendée.

Viendo que Petit-Pierre terciaba en la conversación, apartóse el conde de Bonneville descubriendo al mancebo, quien se acercó hasta el círculo de luz trazado por la lámpara. Miró Luís Renaud con extrañeza al imberbe joven que con tanta formalidad y precisión había hablado, y dijo:

—Es un retardo, caballero, no más que un retardo; no dudéis de que en cuanto el mariscal esté seguro de la presencia de S. A. en la Vendée, se apresurará á ocupar su puesto.—¿Acaso no os ha dicho el señor de Bonneville que S. A. está ya en camino resuelta á no separarse ni un instante de sus amigos?—Sí tal, y por mi parte he recibido esa noticia con grandísimo júbilo.—¡Un retardo! murmuraba Petit-Pierre, paréceme haber oído decir que la época más propicia para un alzamiento en vuestro país es á primeros de mayo, en cuyos días los campesinos están menos ocupados. Estamos á 14, y esto es ya un retardo. ¿Están avisados los caudillos para la reunión?—Sí señor, contestó Renaud con melancólica gravedad; mas diré: no creo que podáis contar con gran cosa más que ellos, y aun no con todos, añadió suspirando; el marqués de Souday lo ha visto esta mañana.—¿Qué decís, caballero? ¿Tibieza en la Vendée? ¿Tibieza en la Vendée cuando nuestros amigos de Marsella, á quienes acabo de dejar, están enfurecidos por el mal éxito de su intentona y piden al cielo una ocasión de desquitarse?

Sonrióse tristemente el joven caudillo y contestó:

—Veo, caballero, que á pesar de vuestro acento sois meridional.—¿Qué queréis decir con eso?—Que es preciso no confundir el mediodía con el oeste, al marsellés con el vendeano. Allí basta una proclama para una sedición y una derrota para sofocarla, mientras que la Vendée, y apreciaréis la verdad de lo que os digo cuando hayáis permanecido en ella algún tiempo; la Vendée es fría, grave y taciturna; discute lenta y laboriosamente los proyectos, pesando todas las probabilidades de buen ó mal éxito, y si prevalecen las favo-

rables, tiende la mano, se decide y muere antes que faltar á su palabra. Sin embargo, como sabe que esta es para ella cuestión de vida ó muerte, tarda mucho en resolverse.—¿Y el entusiasmo, caballero? exclamó Petit-Pierre.—He oído hablar de él en mi mocedad, contestó sonriendo el caudillo; es una divinidad del pasado siglo que bajó de su altar desde que no se cumplieron las promesas hechas á nuestros padres. ¿Sabéis lo que ha pasado esta mañana en San Filiberto?—Algo me ha dicho el marqués.—¿Y lo que ha sucedido después de su partida?—Lo ignoro.—Pues sabed que siete de los doce jefes de división han protestado en nombre de las suyas, que á estas horas ya deben estar disueltas, declarando que en cuanto á ellos estaban prontos á dar su vida por S. A.; pero que no se atrevían á asumir la terrible responsabilidad de arrastrar á los aldeanos para efectuar una sublevación que no podía ser más que una sangrienta intentona.—Con que ¿es preciso renunciar á toda esperanza, á toda tentativa?—A toda esperanza, sí, tal vez; á toda tentativa, nó. S. A. nos ha hecho manifestar que obraba impulsada por el comité directivo de París, y que tenía algunas relaciones en el ejército: estas razones nos inducen á probar fortuna esperando que nos apoyará alguna sublevación en la capital ó algunas deserciones de las tropas. Además, si no hiciésemos ninguna tentativa, S. A. se volvería convencida de que su causa se habría perdido por la pusilanimidad de sus defensores, y estos no pueden permitir que en su ánimo quede ni la sombra de una duda.—¿Con que no sois de los que han disuelto su división?—Sí tal; pero soy también de los que han jurado morir por S. A. R. Por otra parte, quizás á estas horas se han roto ya las hostilidades, y no tendremos otro mérito que seguir la corriente.—¿Qué estáis diciendo? preguntaron en coro Petit-Pierre, Bonneville y el marqués.—Hoy ha habido tiros en la feria de Montaigu.—Y en este momento los hay en el vado del Boulogne, añadió una voz desconocida desde la puerta por donde asomaba otro de los convocados.